

Numero suelto, 15 céntos.

REDACCION
7 ADMINISTRACION
ARMAS, 1. 3.º
TELEFONO 1705



AÑO II

DIARIO DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA DE LAS J. O. N. S.

NUMERO 231

Onésimo Redondo, verbo de la Revolución Agraria Nacional Sindicalista Presente!!!

Junto al cuerpo del Caudillo de Castilla, Onésimo Redondo, el cadáver de Agustín Sastre, campesino de la vieja guardia muerto en servicio y en estricta fidelidad al jefe

La tradición consumó una vez más su obra.
En un pueblo de Castilla, esa Castilla que tanto había amado por lo mismo que era pobre, cayeron el jefe y el discípulo, el señor de los campos por gracia del espíritu y el siervo de la gleba por obra de sus fibras honradas.
Ayuntados en vida como en muerte cayeron por el campo cuando el campo estaba ya con ellos.
Y su potente grito de rebelión armada que había restallado en la llanura, encontró mil ecos que se esparcieron por Castilla toda.
Y Castilla escuchó.
Tras de él caminaron miles y miles de hombres cortidos por el sol y la sed. Hoy, Onésimo Redondo, hemos cosechado mucho de lo que tu sembraste de tu doctrina escrita en colores bermejos y arranques batalladores de juventud he vos seguido las directrices esenciales.
Que los que no quisieron oír cuando ibas a la conquista del campo español, mediten y vean que por no seguirte en el calvario de tus luchas han entregado su propia vida y la de sus hijos, para la reconquista del suelo español. Tu lo quisiste antes, ellos te siguieron después.
Para un nuevo surco tiene que abrirse en el resaca campo castellano, a él queremos entregar lo mejor de nuestros anhelos, que fueron los tuyos, para asegurar los cimientos de la redención de España. Seguiremos tus huellas a través de la meseta y elevaremos al campesino hasta donde tú querías llevarle; y vendrá la repoblación forestal y ganadera que enriquecerá los yermos y tierras baldías y se formarán potentes sindicatos con todo el programa agrario que tú elaboraste. Y sobre todo ello, la juventud; juventud a tu semejanza representada en una raza fuerte y combativa, amante del trabajo, porque el pan ya no se hará mendigar con maldiciones.
Cuando todo se haya cumplido, cuando nuestras manos arrojen al campo la última espiga dorada que tú nos legaste diremos que ni sangre no fue inútil y que España es un pueblo digno de Dios.
Onésimo Redondo: En el día de hoy tenemos para ti una sola palabra ¡Presente!
Ante los pasados y venideros una promesa formada: ¡A tus órdenes!
CARLOS MENGOTTI

CAUDILLO DE CASTILLA

“Una bala, dándole en la rodilla, le hizo caer en tierra. Una descarga cerrada sobre él, le quitó la vida. Junto al cuerpo del Caudillo de Castilla, Onésimo Redondo, ya mártir de España, el cadáver de Agustín Sastre, campesino de la vieja Guardia que iba de escolta, muerto en servicio y en estricta fidelidad al jefe”.

La pluma lacónica, estilista, de biógrafo, resbala justamente para reflejar la impresión exacta.

Hay una realidad y en la realidad prendida una emoción. El jefe va al frente. La aviación roja aprovechando nuestra carencia de material quiere romper nuestro espíritu y su metralla desgarró pechos jóvenes que mueren pero no se rinden.

La horda roja, donde babea el regusto sádico del crimen sibarita, tiene rejejos de sangre en las pupilas dilatadas. Hay la imagen dorosa en ellas de los jóvenes oficiales y camaradas falangistas, que oprimían los primeros planes rojos para llegar un ¡Arriba España! repetidos por la muerte con voces de púrpura en el Cuarte de la Montaña.

Castilla levanta sus pechos en el Alto del León, y los puños crispados en el ansia de crimen se estrellan contra ellos.

No hay material, pero hay hombres dispuestos a morir.

Onésimo Redondo

Con el alma surcada por todos los dolores de la Historia de España; por todas las afrentes de las encrucijadas; por el sufrir más hondo y humano: el dolor del pan y del yugo que inclina la cerviz para no ver el Cielo. Sofíste esa España y ese campo y esos hombres. Esa España que se redime como la cristiandad, abrazándose a las aspas de su martirio; esos hombres, buenos y fuertes, que pierden la vida para una revolución gigantesca, que convierta la esclavitud en trabajo, y clave en el corazón ese bendito Yugo que cuando fué opresor hizo una humanidad siniestra; ese campo al que no va ya la ciudad endomingada, sino los hombres que rezan «...el pan nuestro de cada día...»

Tenías alma de redentor y tus palabras fueron la oración del Pan moreno, de la justicia exacta e inexorable, del amor al trabajo y a la tierra arañada a sacrificios. Tu voz de coloso retumbó en el páramo extenuado de fríos y sudores, en la vega, cuajada de bendiciones, en el campo dorado de espigas.

Hoy, que te comprenden mejor que ayer, las aldeas de Castilla y España rezan a tu memoria. Mañana, cuando iluminen los campos mil soles de victoria, en este día callarán las hoces su canción de siega, las yuntas dejarán su ajeteo y los labriegos españoles, en masa, saldrán de todos los rincones de España para ir en peregrinación por los caminos de espigas a ese mausoleo toscos y gigante que tienes en el corazón de Castilla por atadú, la Meseta a hombros de cuatro gigantes de granito.

Alineados, en columna de honor, desfilarán ante tí los labradores españoles, con el brazo extendido y entonando con sus voces profundas el himno de las sublimes cosechas.

Doblado de dolor caíste en los campos de Castilla, bajo el plomo de aquellos por quienes tú luchabas. Tu muerte no fué un hecho de guerra; fué el símbolo eterno de redención.

MARIANO PRADO

EL EJEMPLO DE UN JEFE

Hoy hace un año que me hallaba en la Comandancia Militar de Logroño, cuando oí por la radio: “Onésimo Redondo ha muerto”. No puedo expresar aquí lo que sentí; fué un golpe fortísimo; la alegría tan enorme que sentía de ver que la rebelión armada de la Falange y el Ejército en contra de toda la podredumbre que había en España había estallado, se esfumó por unos instantes al darme cuenta que Onésimo, uno de los iniciadores del Movimiento Nacional Sindicalista era de los primeros en caer. Me acongojaba no sólo la falta del camarada querido, que fué compañero mío en las primeras horas difíciles del Consejo Nacional y la Junta Política, sino también la seguridad de que su ausencia sería irreparable para la Falange. Esa seguridad, cada día que ha transcurrido en el año glorioso se ha hecho más patente. Un talento como el de Onésimo Redondo no se suple fácilmente. La Falange cada día le echa más en falta.

Con él se fueron otros muchos de los mejores. Pero precisamente el ejemplo de los jefes marchando alegremente al acto de servicio que es la muerte en la Falange, ha hecho posible el resonar gigantesco de sus pensamientos en todos los ámbitos de España. Y que estamos dispuestos, más que nunca, a morir por España, Una, Grande y Libre, cuantos con ellos luchamos en soledad angustiosa por la Patria, el Pan y la Justicia.

Camarada Onésimo Redondo, fundador de las J. O. N. S., miembro de la Junta Política de José Antonio y Consejero Nacional de Falange Española de las

J. O. N. S.: ante tu sepulcro, con yugos y flechas y victoriosas banderas Nacional-Sindicalistas, ¡PRESENTE!

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

José SAINZ
Fundador de F. E. de las J. O. N. S.

LA PALABRA DE ONESIMO REDONDO

por UN VOLUNTARIO

La primera vez que vi a Onésimo Redondo fué en el mitin que FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. celebró en el Cine Madrid el 19 de mayo de 1935. La vieja guardia consistía de Valladolid y de toda España, llegados en camiones, bicicletas o a pie. En la presidencia del acto, junto a José Antonio, grave, sereno y muy majestuoso con su camisa azul, se sentaba el creador castellano de las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL SINDICALISTA. Para quienes le conocíamos sólo a través de los elogios cálidos y la admiración del jefe, el discurso de Onésimo fué la confirmación—por la emoción propia—de las palabras de José Antonio. Para quienes el nombre de Onésimo Redondo era desconocido, su palabra ardorosa y contundente, su gesto varonil y su profundidad ideológica constituyeron la revelación de la jornada gloriosa.

Onésimo Redondo habló del futuro de la República venida levantando y trayendo en los labios abyectos de todos los diputados que la servían o la ACATABAN, durante cuatro años, las fatídicas palabras “Reforma agraria” y “Contrarreforma agraria”. Pero siempre en vista de un resultado político, de una tendencia, de una artimaña o un egoísmo. Jamás, hasta que Onésimo pronunciara aquel discurso, se habían tratado por los parlanchines de izquierda o de derecha con seriedad total. Para los marxistas el campo era un ancho objetivo donde especular con el hambre, la miseria y la desesperación de las masas rurales. La reforma del campo en su propósito, consistía en

desdhar su mágico equilibrio y su seriedad. Menos trigo y más cizaña de promesas, no imposibles, pero irrealizables, que es lo que han prometido siempre. Para las derechas, señoritos de ciudad, el campo era el paisaje que el Dios de ellos—ese Dios que, a Dios gracias, ha caído de sus altares capitalista!—ponía a los lados de las carreteras por donde corrían sus lujosos automóviles y el trigo, que hacían brotar con esfuerzo de cinturas partidas bajo el sol o la nieve los labriegos, un regalo de la Providencia que se convertía en tostadas con mantequilla en el té de las cinco. Para unos y para otros, el labrador era una subespecie humana una masa manejable contra la Guardia civil o bajo la Guardia civil, única autoridad responsable del campo antes de nuestra Revolución fecunda.

La palabra de Onésimo deshuo en el aire caliente de aquel domingo de mayo madrileño todos esos conceptos erróneos del campo. Definió rotundamente lo que es y significa el campo para España. Y sobre todo, lo que debía ser y significar España para el campo. Si José Antonio hablaba de lo que era España para la Universalidad de los siglos y la Historia en proyección de horizontes sin límites, Onésimo lo hacía de los meses y la vida en la proyección de las tierras, las semillas, los arados y las cosechas. De José Antonio es la guardia en los luceros. De Onésimo la centinela en el surco. De José Antonio la copa del árbol con hojas y

Los rojos, que tanto hablaban de redención en sus farsas domingueras a los pueblos de Castilla, se encuentran en la cresta de la Sierra con los brazos abiertos de los campesinos que detienen su marcha. Es el alma de Castilla puesta en pie, son los torsos de bronce que el sol calcinaba, que han vestido la “cota” inventada de la Camisa azul, y dejando el arado y empuñando el fusil, salieron de la estapa castellana para contener la ola roja que al rebasar a sierras les ahogaría, para ensanchar y purificar sus horizontes con amenaza de dolor y arma al brazo en la noche sin estrellas esperar impasibles el amanecer esperado sin promesas.

Una tarde tal vez, en el ocre infinito de la Castilla árida, la voz de Onésimo templó sus espíritus en la fe de José Antonio.

Alguien, cuando a los golpes de sus brazos tostados, las mieces se doblaban como caricias de oro, murmuró a sus oídos la idea de quemarlas, y un estremecimiento instintivo de desconfianza ganó el ánimo sereno. Luego sonó la voz de Ausente, que traía Onésimo; la que no decía odio, sino amor; ni comodidad, sino sacrificio. Y en el alma sencilla del campesino joven, el ansia de vivir traía cabalgatas de mulas desbordadas de mieses, con la canción renqueante del chirriar de los carros y molinos de frescores de umbrías en riberas rumorosas y suaves cataratas de harinas blancas, que saciaban el hambre y saciaban la sed con la promesa merecida de la riqueza de la tierra alegre con el sacrificio.

La segunda vez que vi a Onésimo—y la última—fué en el despacho de José Antonio en nuestro Centro de la Cuesta de Santo Domingo, con ocasión de un rápido viaje a Madrid. Hablaba con violencia del porvenir electoral. Se sabía dueño del corazón juvenil de su Provincia y tenía, sin embargo, la certidumbre de la derrota porque los PARTIDOS DE DERECHA le combatían desesperadamente. Toda España conoce ya los términos en que Onésimo Redondo definía a los partidos. Nadie, sin embargo, podría repetir las frases de hierro y hielo candentes que su verbo magnífico les aplicara aquella mañana. Todo este desprecio solemne que les ha barrido con

(Continúa en la página 6)

La sed de justicia y la necesidad de la redención del pueblo, verdaderamente oprimido, que es el campo, requiere una solución revolucionaria, una solución sin contemplaciones para los intereses seculares.

(Onésimo Redondo)

Continúa en la pág. 6)